LA CIENCIA

La deuda de la historia

MANUEL TUÑÓN DE LARA

Karl Marx no fue un historiador; analizó la economía capitalista del siglo XIX, el modo de producción como objeto teórico de conocimiento, ahondando en el devenir histórico, cambiante y dialéctico, de la sociedad desde sus bases naturales. Para ello tomó ejemplos, sobre todo del Reino Unido, utilizó e interpretó todo el saber histórico de su tiempo. Pero, a fin de cuentas, ¿cuál podrá ser la deuda que con él y con su obra tenga contraída la ciencia de la historia?

Nos referimos a Marx y no al marxismo (o a *los marxismos),* que, en su plena autenticidad, debiera constituir una obra más vasta, rica y desarrollada que la del propio Marx.

Precisemos igualmente que nos referimos a lo que pueda haber de aportación teórica de la obra de Marx a la historia, y no a la concepción del mundo y de la vida que tuviera Marx o aquellos que conciben el marxismo como concepción del mundo. Por último, pensamos que está claro que la obra de Marx no es un determinismo fatal, ni un economicismo, ni un voluntarismo, y en modo alguno es una pieza escolástica.

Digamos que, a nuestro entender, el hilo conductor y su idea de totalidad de la historia de Marx han proporcionado, han contribuido mucho a que nuestra disciplina vaya adquiriendo, aunque no sin dificultades, el estado de ciencia. Repárese en que la suerte de nuestra disciplina hubiera sido muy distinta si no se hubiese superado la erudición de un Ranke, el positivismo de un Seignobos o de un Lavisse, el vitalismo de un Dilthey... o incluso el cuantitativismo a ultranza que quiso hacer de la historia una econometría del pasado. "En espera de poder matizar las relaciones", ha escrito Vilar, "¿no podríamos, apoyándonos en la dialéctica de Marx, descubrir muy modestamente los principios de la *historia razonada?* Por ese camino de racionalización está la presencia de Marx". Sin duda, Marx no ha sido el primero en decir que son los hombres quienes hacen su propia historia. Sin embargo, ya en *El capital,* en una nota del capítulo XV, recuerda que "como dice Vico, la historia del hombre se distingue de la historia de la naturaleza en que la hemos hecho nosotros mismos, y la segunda, no. La tecnología pone al desnudo el modo de acción del hombre sobre la naturaleza...".

Ya en la *Ideología alemana* —escrita con Engels bastante antes, pero de evidente interés como punto de partida— se dice que toda historiografía comprende la modificación que los fundamentos naturales experimentan por la acción de los hombres.

El protagonismo del hombre es obvio, pero, ¿cómo se realiza? Aquí interviene el aparato conceptual y los ejes del proceso histórico que Marx aporta para comprender al hombr en su historia. Marx parte de que el hombre tiene que producir bienes para subsistir y reproducirse; para ello emplea las fuerzas de producción: tierra, recursos energéticos, su propia fuerza de trabajo y las técnicas humanas de trabajo; él es quien crea la herramienta, el medio de producción. Para realizar esas operaciones los hombres establecen unas relaciones entre sí, y con respecto a esas fuerzas y medios de producción; aunque sean de base económica y técnica, son también jurídicas; dan lugar a que los hombres se agrupen según la función que cumplen en el proceso de producción en el que se insertan a través de esas relaciones, y de ahí surge una cascada de conceptos-clave: clases sociales y fracciones de las mismas, categorías sociales y socioprofesionales, etcétera, que son otros tantos instrumentos de análisis histórico.

La producción de bienes exige crear condiciones para su reproducción, incluso ampliada; las relaciones de producción suponen la extensión de conocimientos útiles, métodos y técnicas de trabajo, etcétera; así se crea, independientemente de la voluntad de cada cual, un tipo de sociedad que, para reproducirse, tiene necesidad de ua escala de valores legitimada por consenso. Pero la armonía entre fuerzas productivas y relaciones sociales de producción no se petrifica para la eternidad; al contrario, el mismo desarrollo de las fuerzas productivas y, en primer lugar, el tecnológico las hace chocar con las relaciones sociales de producción; en cada sociedad, en cada modo de producción, surge así una negación, tanto económica como ideológica, al modelo establecido; esta negación será como el germen de una afirmación de nuevo tipo que pondrá en marcha el proceso de la historia; pero eso sólo ocurre en la medida en que los hombres sean conscientes, adquieran la conciencia *social* (clase "para sí") que les permite prota-

Cómo está la sociología marxista

TOM BOTTOMORE

En las últimas dos décadas, la influencia del pensamiento marxista sobre la sociedad ha aumentado de manera notable, hasta el punto de poder hablarse hoy día de la sociología marxista como de una de las líneas maestras de la investigación en este terreno. Ello no significa, sin embargo, que nos hallemos ante una ideología completamente homogénea o inmune a las ideas procedentes de otros esquemas teóricos, sino más bien todo lo contrario.

En la actualidad, coexisten diferentes interpretaciones del marxismo, cada una con su propio fundamento, así como otras perspectivas sociológicas (la de Max Weber o el reciente estructuralismo, por ejemplo), sin olvidar la gran influencia de los avances en la filosofía de la ciencia.

Tres corrientes principales han conformado la actual sociología marxista. La primera de ellas es la teoría crítica de la escuela de Francfort. Originariamente, sobre todo en las obras de Adorno, Horkheimer y Marcuse, se trataba del rechazo de la sociología en favor de una *filosofía crítica* más que de una auténtica contribución. Los teóricos críticos de la generación posterior (con Habermas a la cabeza) modificaron esta postura al reconocer las reivindicaciones de una ciencia objetiva de la sociedad, al tiempo que se esforzaban por referirlas a necesidades e intereses (léase valores) de orden práctico, que así entraban, a su vez, en la esfera de la ciencia. Esta orientación confiere a la teoría social marxista un carácter particular en dos aspectos: por un lado, se advierte una profunda preocupación por los problemas inherentes a la filosofía de la ciencia y, por otro, un interés no menos profundo por la crítica ideológica o crítica cultural. Para la teoría crítica, el factor principal de la subsistencia de las actuales sociedades capitalistas es la existencia de una *ideología dominante* más que el predominio de unas relaciones específicas entre la producción y una clase social determinada. Ciertamente, el análisis que Marx hizo de la moderna sociedad capitalista en términos de lucha de clases ha sido severamente criticado y, en gran parte, relegado al olvido, y aunque en su estudio de las crisis que amenazan el capitalismo *(Legitimationsprobleme im Spätkapitalismus,* 1973) Habermas alude a elementos políticos y económicos, el acento sigue poniéndose sobre la *crisis de legitimación,* es decir, sobre el problema de la dominación ideológica.

El estructuralismo es la segunda corriente que en los últimos tiempos ha ejercido una influencia decisiva sobre la sociología marxista. En la forma que adopta en la filosofía racionalista de Althusser, se trata fundamentalmente de un esfuerzo por lograr una clarificación conceptual y de la construcción de un modelo teórico cuyo objetivo primordial es demostrar que el marxismo no es historicista o humanista, sino científico, y que su meta es el análisis de las *estructuras* sociales desde el punto de vista de la interconexión de los diferentes elementos o *niveles* —económicos, políticos e ideológicos— que lo integran. Según esta teoría, los diversos modelos de sociedad están determinados por una *causalidad estructural,* y el cambio de uno a otro obedece a *contradicciones* estructurales más que a acciones conscientes e intencionadas de individuos o grupos sociales. Las ideas de Althusser han sido criticadas por varios motivos, especialmente por su antiempirismo.

Al acentuar la estructura social, Althusser reconoce, sin embargo, la importancia y el significado de lo que constituye uno de los puntales tanto del pensamiento marxista (especialmente evidente en el análisis de la *conveniencia* en *El capital)* como de la corriente principal de la sociología. Con sus escritos, Althusser ha suministrado el marco idóneo para otros estudios más empíricos, como el que Poulantzas realiza en su obra *Clases en el capitalismo contemporáneo* (aunque éste es más bien un tratado de clarificación conceptual), por ejemplo, o los análisis de los países del Tercer Mundo en vías de desarrollo, en los que los marxistas prestan más atención cada vez a la estructura interna de estas sociedades en lugar de concentrarse exclusivamente en su relación de *dependencia* respecto de las metrópolis capitalistas. Dentro del estructuralismo marxista existen también diversas tendencias que encarnan una orientación más empírica. Una de ellas es la defendida por Godelier (muy influenciado por la antropología estructural de Lévi-Strauss), que ha abierto nuevas líneas de investigación sobre la estructura de las sociedades tribales y la función del parentesco, así como sobre el papel del *mito* y la *ideología.* Otra está representada por el *estructuralismo genético* de Goldmann (en este caso, influido por el *constructivismo* de Piaget) y sus esfuerzos por combinar el análisis estructural con el análisis histórico y suministrar así un modelo teórico para el estudio de los fenómenos culturales, tal como hace el propio Goldmann en su libro *The Hidden God,* que es una clara alternativa a la actitud adoptada por los teóricos críticos.

Dentro del marxismo hay una tercera corriente que configura el carácter de la sociología marxista y que sigue siendo fundamentalmente positivista (remontándose al propio Marx) o neokantiana. Numerosos estudios empíricos marxistas —de la economía, del Estado, de las clases y de las ideologías— son tácitamente positivistas, aunque no presten especial atención a los problemas propios de una filosofía positivista. Junto a ello se ha despertado un renovado interés por un positivismo reconstruido al modo kantiano, tal como el que defendieron los marxistas austriacos en las primeras dos décadas del presente siglo al afirmar que el marxismo es una ciencia general de la sociedad de carácter eminentemente teórico o, lo que es igual, una sociología.

Esta breve exposición pone dos cosas de manifiesto: en primer lugar, la vivacidad de la ideología marxista, que ha inspirado nuevas corrientes de investigación sociológica,

Un biólogo que no lo sabía

FAUSTINO CORDÓN

El año pasado, con ocasión del centenario de su muerte, sugerí dar, en estas mismas páginas, testimonio de la gran aportación de Darwin a la biología, así como constancia de sus limitaciones, connaturales con todo lo humano, pero particularmente notorias en ciencia, donde son la consecuencia y casi la prueba de la contribución al progreso. Por los dos aspectos, por lo recibido y por las lagunas puestas de manifiesto, la deuda de la biología con Darwin tiene plena actualidad.

Estos días necesitaba expresar, con análogo motivo, la deuda de la biología con Marx, pero, por mi mal conocimiento del gran economista, no me decidía a ordenar mis impresiones, cuando EL PAIS rompe mi indecisión proponiéndome escribir sobre Marx y la biología, tema que invirtiendo sus términos se ajusta mejor a mis reflexiones. No se trata de hablar de la conocida sensibilidad de Marx para el progreso de la biología, que confirma la altura de su pensamiento científico general y que lo depura y perfila, sino de por qué y cómo este pensamiento es tan importante para la biología actual. En el marco de un artículo no cabe sino esbozar unas ideas.

Ante todo, Marx, en sentido estricto, es un biólogo en cuanto se ocupa del hombre, un ser vivo y precisamente aquél en que culmina la evolución biológica, proceso unitario del que Darwin dio, el primero, noticia clara.

En segundo lugar, Marx consigue aplicar, al modo rigurosamente científico, el orden de pensamiento general más elevado de su época (el pensamiento filosófico de Hegel) pertinente a su campo particular de estudio: el proceso del hombre en términos de lo que yo llamaría, en expresión biológica general, su ambiente trófico, a saber, el proceso de producción, que determina las relaciones sociales y que se modifica conforme a sus propias leyes a lo largo del tiempo, proceso general que se vincula con cada persona, por lo que biológicamente puede llamarse el medio de ésta (el efecto externo que ella ejerce) que, por una parte, determina los contenidos de su conciencia que, a su vez, repercuten sobre el medio personal, orientándolo hacia el proceso de producción. Este enfoque de Marx es rigurosamente biológico, entender un ser vivo (un foco de conciencia) en términos de su entorno peculiar y de la evolución de las interacciones recíprocas.

Hay que apresurarse a puntualizar que las leyes descubiertas por Marx en el hombre no son aplicables a otros seres vivos, como lo descubierto por Darwin, en el animal, no es extrapolable al hombre: todo ser vivo y su medio surgen, a la vez, de lo previo, como algo radicalmente nuevo. No obstante, hay algo en el pensamiento de ambos que refleja la coherencia general de la realidad (que hoy sabemos estructurada en niveles de integración); ciñéndonos a Marx, su interpretación evolucionista del proceso humano estimula a forzar interpretaciones correspondientes —sin duda, totalmente nuevas— en otros seres vivos, interpretaciones hoy posibles gracias al acervo de datos reunido por los biólogos en los últimos cien años; en pocas palabras, todo tipo de ser vivo (así, la célula o el animal) tiene un origen y una evolución ya potencialmente cognoscible.

Como siempre sucede, la nueva consecuencia enriquece, presenta a nueva luz, el

gonizar el proceso histórico. El objeto teórico que puede servir para la investigación de dicho proceso es el modo de producción, compleja totalidad social de contenidos, estructuras o niveles, a la vez técnicos, socioeconómicos e ideológicos, acarreando unas relaciones de propiedad específicas.

Marx ha dicho que el factor económico era determinante en última instancia del proceso histórico, pero lo que casi todo el mundo olvida es que, según el propio Marx, el factor tecnológico es el determinante, en última instancia, del proceso económico. Pierre Vilar ha señalado que "un punto de contacto entre el pensamiento de Marx y nuestros descubrimientos más seguros es la idea del *factor tecnológico como motor de la historia* (creo, por mi parte, que el capítulo XV del libro I de *El capital* es un ejemplo valioso de ello).

Estas categorías nos llevan a la historia social; han permitido la macroclasificación social marxiana tan útil al historiador; partiendo de ella se ha hecho ver claro que no es lo mismo la diferencia entre ricos y pobres (basada en la distribución de la renta) que la de obrero y patrón, propietario y colono, etcétera, basadas en las relaciones de producción.

Precisamente, la distinción entre clase social *en sí* y *para sí*, que abre una inmensa perspectiva a la historia de la conciencia social, nos trae de la mano otra aportación, sentada por Marx en su concepción de totalidad social, pero menos desarrollada, quizá porque el menor desarrollo tecnológico de los medios de comunicación no dejaba ver aún todo su alcance; nos referimos a la función de la ideología para obtener el consenso de las clases dominadas que aceptan la escala de valores de las dominantes; la hegemonía gramsciana y todo lo que se deriva de la realidad histórica concreta de aparatos de hegemonía o ideologicos, constituyen hoy claves de interpretación histórica que también hincan sus raíces en el pensamiento marxiano.

Sin espacio para más precisiones o matices, no nos parece, sin embargo, exagerada la afirmación de que las bases teóricas y metodológicas de Marx con validez historiográfica tienen suficiente alcance para que cualquier historiador riguroso de nuestro tiempo las tenga presentes en su telar, a veces independientemente de su voluntad y, desde luego, de que sea o no marxista, y menos aún de sus opciones politicas concretas. La historia ya pagó muy caro, con el positivismo, la supervivencia de lo episódico, etcétera, el rechazo virulento de Marx por parte de los *altos funcionarios del saber histórico*, durante más de medio siglo después de su muerte. Sin embargo, se trata de un sabio que ha legado al historiador no sólo el derecho a trabajar en un marco teórico, sino aquellos consejos escritos en el epílogo a la segunda edición alemana de *El capital:*

"El procedimiekto de exposición —dice— debe distinguirse formalmente del de investigación. Este tiene que dominar la materia en todos sus detalles, analizar las diversas formas de desarrollo y descubrir su íntima vinculación. Una vez que se ha realizado esa tarea, pero solamente entonces, es cuando puede exponerse el movimiento real en su conjunto".

El legado de Marx a los historiadores es tan rico en conceptos como en estímulos. ¿Qué decir, por ejemplo, de esa *futura antropología*, propuesta por Vilar, "basada en el análisis histórico de las etapas técnicas, económicas y sociales, que han conducido al hombre a su estado actual?

Con el punto de arranque marxiano, que exige un constante examen de conciencia crítica, se puede realizar mucho, a los cien años de la muerte del que escribía lo siguiente ya en 1862:

"La quintaesencia y el desarrollo de lo que va a seguir podría fácilmente ser realizado por otros sobre la base de lo que ya está escrito" (carta a Kugelman, del 28 diciembre 1862).

Manuel Tuñón de Lara es profesor de Historia de España en la Universidad de Pau.

Viene de la **página 11**

destacan Adam Schaff y Leszek Kolakowski. La escuela de Budapest cuenta con la extraordinaria personalidad de Gyorgi Lukács y sus discípulos, Gyorgi Marcus y Agnes Heller.

Austria ha creado una escuela denominada austromarxista, que dirigieron Otto Bauer y Max Adler. En España, el pensamiento marxista cuenta con historiadores como Manuel Tuñón de Lara y Antonio Ramos Olivera. Entre los pensadores citamos a Gustavo Bueno, Manuel Sacristán, Enrique Tieno Galván, Fernando Claudín, Adolfo Sánchez Vázquez, Carlos Paris, Carlos Castillo del Pino, Martín Santos, Martínez Marzoa, M. Ballestero, J. Vericat, Jacobo Muñoz, Valeriano Bozal, Fernando Buey y otros. En América Latina debemos recordar la gran figura del peruano José Carlos Mariategui, el uruguayo R. Arismendi y a los argentinos Carlos Astrada y S. Frondizi, vilmente asesinado por grupos paramilitares.

y, en segundo, el grado en que el marxismo ha ido abriéndose camino en todas y cada una de las esferas de la sociología —desde la discusión metodológica hasta la más detallada investigación empírica— hasta convertirse en un auténtico reto, y no precisamente de los más insignificantes, para los restantes paradigmas sociológicos. No obstante, la última prueba de cualquier sistema sociológico es su capacidad para analizar, de manera rigurosa y sistemática, los principales fenómenos sociales. En este contexto, la sociología marxista se ve enfrentada actualmente a tres obstáculos principales. El primero es elaborar un estudio en profundidad de las sociedades capitalistas más avanzadas, lo que implica, por un lado, establecer una periodización general convincente en la que se especifique en qué y por qué el capitalismo de los últimos años del siglo XX se diferencia del que existía en la época de Marx y, por otro, analizar algunos de sus rasgos específicos, tales como el grado de intervención del Estado en la economía, el aumento del bienestar social y los servicios inherentes a él, y los cambios en la estructura de las clases sociales (especialmente, la expansión de la clase media). Las

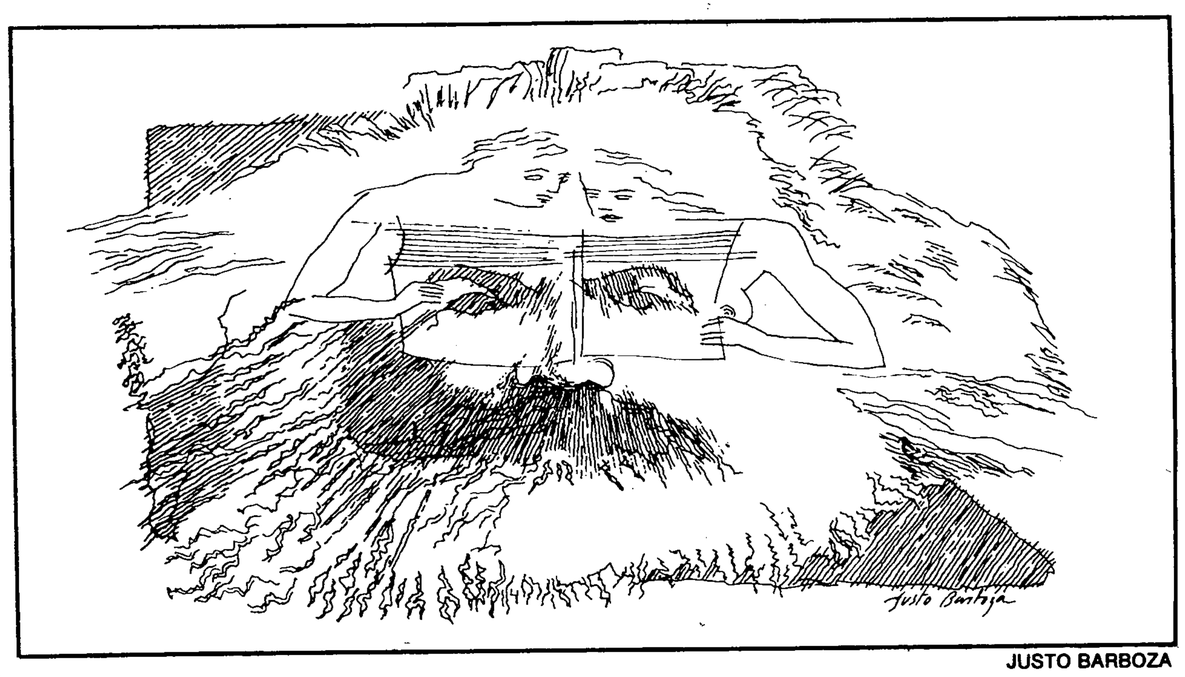
El segundo obstáculo hace referencia a las *actuales* sociedades socialistas de la Europa del Este. Ya desde los comienzos de la revolución rusa, muchos marxistas occidentales (la propia Rosa Luxemburg, entre ellos) adoptaron una actitud fuertemente crítica frente al régimen soviético, y, posteriormente, otros se convirtieron en acérrimos enemigos del estalinismo. Sus críticas no llevaron, sin embargo, a un análisis sistemático y exhaustivo de la sociedad soviética desde el punto de vista marxista, en parte porque la ortodoxia del régimen bolchevique frenó el desarrollo de la ideología marxista propiamente dicha. Tan sólo en las dos últimas décadas han comenzado a aparecer estudios sociológicos serios sobre el socialismo de nuestros días (curiosamente escritos en el seno de tales sociedades). Como pioneros en esta tarea se revelaron los sociólogos yugoslavos vinculados al grupo Praxis, seguidos, más recientemente, por Rudolf Bahro y su libro *The Alternative in Eastern Europe*, y *The Intellectuals on the Road to Class Power*, de Konrád y Szelényi. Estos análisis abordan, entre otras, dos cuestiones fundamentales: hasta qué punto necesita ser revisada la teoría marxista de las etapas históricas a fin de incluir en ellas la aparición de sociedades poscapitalistas que no son socialistas, sino burocráticas o totalitarias y a qué reconsideraciones deben someterse las instituciones —económicas, políticas y culturales— de una sociedad socialista.

Por último, los sociólogos marxistas deberán prestar más atención al tema del nacionalismo. Ni Marx ni Engels sintieron especial preocupación por él, excepto en los casos en que los movimientos nacionalistas parecían apoyar el proceso revolucionario general, y, al igual que ellos, los marxistas posteriores se mostraron en su mayoría indiferentes, salvo cuando los movimientos de liberación nacional iban dirigidos contra el imperialismo.

Hoy día, cuando la posibilidad de una guerra nuclear amenaza cualquier forma de sociedad humana y pone un signo de interrogación delante de cualquier proyecto de progreso social, es evidente que, como cualquier otro intento serio por llegar a comprender la vida social, la sociología marxista debe demostrar su capacidad para analizar las auténticas raíces de ese nacionalismo con el que, día a día, aumenta la probabilidad de un conflicto, por muy descorazonadores que sean los resultados.

Hoy por hoy, es imposible predecir la forma que adoptará la sociología marxista en el futuro como consecuencia de las discusiones y valoraciones actualmente en curso. Lo que en cualquier caso parece indudable es que continuará siendo uno de los principales paradigmas sociológicos, e, incluso, quizá llegue a conquistar un lugar preeminente entre otras líneas de pensamiento contrarias.

Tom Bottomore es profesor de Sociología de la Universidad Simon Frazer, Burnaby, Canadá.



JUSTO BARBOZA

Cronología

1818. Mayo. Karl Marx nace el día 5 en Trier (Tréveris), hijo de Heinrich Marx, abogado liberal, y de Henriette Pressburg.

1830-1835. Estudios secundarios.

1835. Octubre. Ingresa en la Universidad de Bonn.

1836. Octubre. Ingresa en la Universidad de Berlín y funda, con los hermanos Bruno y Edgar Baner, el Doctor Club, órgano de los hegelianos de izquierda.

1841. Abril. Tesis doctoral: *Diferencias entre las filosofías de la naturaleza de Demócrito y Epicuro.*

1842. Octubre. Redactor jefe del *Rheinische Zeitung*, órgano de oposición de la burguesía demócrata alemana.

1843. Junio. Boda con Jenny von Westphalen, de una familia aristócrata prusiana; su padre era consejero del reino de Prusia.

1843. Se instala en París y traba amistad con el gran poeta alemán Heinrich Heine. Escribe *La crítica de la 'Filosofía del Derecho', de Hegel.* En la capital francesa entra en una sociedad secreta comunista denominada La Liga de los Justos, fundada por los emigrantes alemanes en 1836; discusiones políticas con Proudhon y Bakunin. Entre Engels y Marx se establece una sólida amistad personal e ideológica.

1844. Escribe *Manuscritos eco-*

Pasa a la **página 15**

pensamiento de Marx. El proceso humano no es sino la manifestación final del proceso unitario de la evolución biológica, manifestación cuya luz, tanto más débil y lejana para el biólogo cuanto más primitiva sea la etapa que él considere, sirve de norte para comprender la dirección que siguió el ser vivo objeto de su estudio.

El desarrollo creador

Tarea de la época es salvar las discontinuidades entre las grandes etapas biológicas, y, en el contexto de Marx, en particular, el salto menor desde la evolución animal a la humana. Cuando se entienda este salto se nos impondrá la trascendencia de Marx para la biología; no sólo interpretó con visión integrada la subetapa de la evolución animal presidida por el hombre, sino que legó un sistema claro de preguntas (no de soluciones) para plantear el estudio de otras etapas de la evolución biológica.

Podemos decir que fue un genuino biólogo sin él saberlo. Marx, como Darwin, como todo gran investigador (por efecto de su experiencia continuada en la conquista de pensamiento real), tiene una repugnancia instintiva a rebasar los límites del conocimiento posible en su tiempo. A los cien años de morir ambos, con comprensión respetuosa les vemos detenidos, ante el proceso que separa al animal del hombre, cada uno a un lado de la sima, sin plantearse siquiera la tentativa —entonces, de hecho, imposible— de salvarla científicamente. Darwin, atalayando desde su perspectiva del animal, asevera la ascendencia animal del hombre y da irrefutables pruebas descriptivas de ella. Engels, desde su perspectiva marxista del hombre, da otra aseveración descriptiva: el hombre ha sido hecho por el trabajo. La biología actual ha de entender causalmente (en términos del proceso de toda la realidad debidamente enfocado) el paso paulatino de un animal al hombre, logro que es imposible conseguir sin entender la naturaleza animal por su origen, lo que obviamente estaba totalmente fuera del alcance de la ciencia de hace cien años.

Pienso que la biología tiene los suficientes datos para estudiar toda etapa biológica de modo que cada una desemboque racionalmente en la siguiente y, en fin, en la última enfocada por Marx. Para ello, cada ser vivo ha de estudiarse con plena atención a él y a su proceso evolutivo, que obedecen a sus propias leyes, mucho más sorprendentes que lo imaginable fuera de ellas, ya que la imaginación creadora del científico sólo surge de la familiaridad con los hechos. La lección inmarcesible de Marx para el biólogo (lo que le veta ser un epígono de él) es su objetividad, su fidelidad al propio tema, que no tiene en común con los demás biólogos, sino que todos los seres vivos, surgen, cada uno a su modo y en su tiempo, de un mismo proceso —la evolución biológica en la tierra— en el que cada ser vivo se explica por todos, pero en el que, asismismo, los de distinto nivel biológico difieren por leyes evolutivas totalmente peculiares.

Faustino Cordón es biólogo. Autor, entre otros libros, de La alimentación base, de la biología evolucionista.